

JOSE MARIA EGUREN: SU ENTORNO

Estuardo Núñez

En estos años tan pródigos en celebraciones literarias, hay tres de ellas que nos conciernen íntimamente por ser fundamentales en la estimativa de la poesía contemporánea del Perú, a saber, la del centenario del nacimiento de César Vallejo (1992), la de José María Eguren con motivo del cincuentenario de su muerte (1992) y la del centenario del nacimiento de Juan Parra del Riego (1994). Se trata de tres grandes figuras de la literatura peruana y precisamente aquéllas que fueron promotoras de la renovación de nuestra literatura, el punto de partida de un nuevo sentido de la creación poética.

Una pequeña ciudad balnearia llamada "El Barranco", que entonces —a principio del siglo XX— no contaba sino con cuatro mil habitantes, congregó a los poetas, como a tantos otros integrantes de la nueva literatura. No se trataba de un atractivo efímero o caprichoso, pues existía algo de particular en su ambiente que hechizaba a la gente de variada procedencia y distintas inquietudes. Al igual que José María Eguren, nativo de Lima, que nunca salió de su ciudad natal y alrededores próximos, César Vallejo, nativo de un poblado andino (Santiago de Chuco) también admiró esta villa. Ambos coincidieron en identificarse ante la sugestión virgiliana de su

ambiente, entonces todavía muy vinculado con su progenie campesina. Su paisaje tenía alma y encanto.

Sobre Vallejo en Barranco su biógrafo más calificado, Juan Espejo Asturrizaga, ha señalado que

“en el mes de enero de 1918 César Vallejo visitó al poeta Eguren en su residencia de la placita de San Francisco”.

Con este motivo escribe una crónica en la que relata su entrevista con el poeta. Al final de ella, Vallejo expresa: “Al despedirme el día había volado. De regreso miro Barranco con sus calles rectas, pobladas de álamos, con sus helechos arborescentes y sus pinos. Los *chalets* de los más variados estilos, muestran jardines de pulcra elegancia, y vestíbulos abiertos a las brisas vespertinas caracterizan las lujosas residencias del confort burgués. La hora virgiliana ofrece tonos turquesa y verde enérgicos. Y el mar de rica plata.”

Su propio testimonio confirma que en enero de 1918, el poeta Vallejo, después de visitar a su colega Eguren, había paseado por primera vez buena parte de la zona residencial y de los malecones, hasta muy entrada la tarde.

Su admiración por el ambiente de Barranco explica además que según el mismo Juan Espejo, Vallejo volvería en 1919 a visitar “con bastante frecuencia” no solamente a la ciudad de sus amigos Eguren y Vallejo sino también a pasear por sus calles y asimismo por sus playas, en los meses de verano (como lo atestigua una fotografía que muestra al autor en la playa, descalzo y con los pantalones remangados). Sucedió eso cuando, en el estío de 1919, Vallejo escribe los poemas 69 y 70 de *Trilce*. En el primero, consigna sus impresiones de un mar bravío, casi agresivo:

Qué nos buscas, oh mar, con tus
volúmenes

docentes! Qué inconsolable, que
atroz
estás en la febril solana.

En el segundo poema (el 70) el poeta es más explícito respecto de Barranco:

Todos sonrían al desgaire con
que voyme a fondo
celular de comer
bien y bien beber.
Los soles andan sin yantar? O hay
quien
les da granos como a pajarillos?
Francamente,
yo no sé de esto casi nada.
Oh piedra, almohada bienfaciente
al fin. Amémonos
los vivos a los vivos, que a las buenas
cosas muertas
será después. Cuánto tenemos que quererlas
y estrecharlas, cuánto. Amemos las actuali-
dades, que siempre no estaremos
como estamos.
Que interinos Barrancos no hay en
los esenciales
cementérios.

Los intérpretes y críticos de estos versos se han elevado hasta abstractas lucubraciones olvidando desentrañar la emoción ante el paisaje. En realidad, el poeta, entre otras connotaciones, forja un contraste entre vida y muerte. Barranco es la vida, transitoria, interina, en tanto que la muerte, localizada en el mar vecino (“insondable”, “atroz”) según el anterior poema) y simbolizando en “los esenciales cementérios”, es realidad definitiva e inexorable.

Las visitas posteriores de Vallejo fueron realizadas en los veranos barranquinos de los años 1921 y 1922 en que Vallejo estuvo en Lima, cuando fueron posibles también otras visitas a sus amigos Espejo (que residía en la nueva urbani-

zación de La Condesa) y Eguren en la recogida plazoleta de San Francisco.

Bordeado hacia el este por la campiña de Surco —dinámico pueblo de antiquísima comunidad indígena, de próspera labranza y viñedos ubérrimos— creció una modesta población de lugareños y veraneantes limeños. Hacia el occidente y en toda la extensión de sus vertientes marítimas con sus malecones y casitas pendientes, materialmente “colgadas” de sus acantilados, se estableció un poblado mayor de acaudalados habitantes de temporada, principales gentes del comercio y la industria, los más italianos, alemanes, ingleses y franceses, que han dejado sus nombres para la historia del distrito —“malecón de los ingleses”, calle de Domeyer, residencias de Cannock, Berckemeyer, Herouard, Holtig, Gerbolini, Isola, Costa—. El tren a vapor, dos veces al día, se detenía en dos estaciones: una mesocrática en la esquina de la Unión con avenida Bolognesi (antes llamada Olavide), la cual separaba los dos estamentos y otra destinada a los extranjeros (al comienzo de la calle 28 de julio) cerca del parque principal y de la avenida de Chorrillos.

El desarrollo de El Barranco había sido tardío, mientras las poblaciones de Miraflores y Chorrillos adquirían desde los primeros decenios de la República un rápido crecimiento. Pero pronto llegó para todos esos balnearios sureños un inesperado colapso, durante la guerra del Pacífico, cuando los invasores sembraron fuego y destrucción en ellos. Casi nada quedó recuperable entonces. Los años siguientes, la última década del XIX, fueron de reconstrucción lenta y difícil. El Barranco se levantó de sus ruinas, mantuvo su estilo y volvió a ser refugio de veraneantes en los meses estivales. En invierno se cerraban la mayoría de sus habitaciones fuesen precarias o también definitivas y lujosas. En ciertas ocasiones señaladas por el folclor local, solían bajar de la campiña de Surco o de las alturas andinas de Yauyos las “pallas”, conjunto de músicos y danzantes jóvenes con típicas vestimentas llamativas y, por lo demás, las fiestas de Carnestolendas eran

ruidosa y alegremente festejadas, con profusión de disfraces. Volvió a ser un pueblo feliz y daba el toque original a sus costumbres.

Barranco había nacido, por así decirlo, de una costilla de Surco, antiguo asentamiento de naturales, villa principal del valle ubérrimo de su nombre, sede del señorío indígena, residencia veraniega de virreyes y hombres importantes de la capital del reino antiguo y de la república moderna.

José María Eguren pudo conocer todavía una campiña próspera en cuyas extensas tierras fértiles se alzaban mansiones señeras como las casas-haciendas de "El Pacayal", "La Condesa de Monteblanco", "La Viña", "Carrión" en las cuales se alternaban el campo bucólico y el mar misterioso e imponente. Alcanzó Eguren a recorrer caminos bordeados de molles y guarangos, pacaes y guayabos, que rodeaban las atractivas vides.

Los años de más intensa creación de José María Eguren trascurrieron en El Barranco, ciudad a la vez bucólica y marítima surgida a mediados del siglo XIX, de un pequeño grupo de pescadores del mar Pacífico, que recogían el producto del mar para ciudades vecinas como Chorrillos y Surco. Por eso se llamó en sus primeros años "la pesquería de Surco".

El mayor impulso progresista lo obtuvo Barranco con la construcción de la vía férrea entre Lima y Chorrillos inaugurada en 1859.

El siglo XX señaló cierta transformación remozadora con la implantación del tranvía eléctrico, que aseguraba una regular y permanente comunicación a toda hora diurna o nocturna, en treinta minutos de recorrido hasta la capital. La población de veraneantes se fue convirtiendo en ciudad de residentes. Empezó pronto el traslado definitivo de familias limeñas que abandonaban el casco urbano de

la Lima antigua, para instalarse en zonas menos ruidosas o contaminadas como Barranco, ciudad extendida en parte sobre las altas riberas, frente al mar, con playas fácilmente accesibles.

Los poetas comenzaron a valorizar, idealizar y comentar su original topografía, sus puestas de sol, sus paisajes caprichosos, el encanto de las quebradas verdes que conducían a las playas, la leve neblina que recubría sus perspectivas urbanas en horas matinales o el efecto del sol radiante del mediodía. Paralelamente, se vivían entonces en la lejana Europa, los delirios de "la belle époque" y se disfrutaba en las lecturas del "decadentismo" de Lorraine, de Huysman y de Gabriel D'Annunzio un paisaje caliginoso y un tanto evanescente y sensual. Los personajes de las novelas d'annunzianas que hacían temblar de emoción y de sensualismo a sus lectores, se movían en los ambientes cálidos de la costa amalfitana.

La semejanza la habían advertido los poetas de Lima que acudían a Barranco para vivir como en Sorrento, Amalfi o Ruffolo. Toda una generación literaria hizo de ese lugar su centro de vida y creación. Así llegaron sucesivamente como veraneantes o residentes Enrique Bustamante y Ballivián, Enrique A. Carrillo, Abraham Valdelomar, Manuel González Prada, Carlos Camino Calderón, Manuel Beingolea, José Fiansón, Alfredo Muñoz, Director de la revista *Balnearios*; y así llegó a vivir en Barranco José María Eguren. Vino a ocupar una casa de reciente construcción en un barrio nuevo de la ciudad. Hasta entonces, a falta de servicios de agua potable, se implantó su extracción del subsuelo mediante unos molinos metálicos de viento, que dieron un sello distintivo a la ciudad. Juan de Arona la había bautizado como "La ciudad de los molinos". Aquel barrio se había formado al margen de los anteriores, alrededor del nuevo templo de los descalzos franciscanos, y a su impulso de desarrollo se signaban las calles con nombres del santoral: San Antonio, San Roque, Santa Rosa, San Francisco, San Ambrosio, Santo Toribio.

Eguren había elegido el lugar de su nueva residencia en esa zona de reciente urbanización que —dice— conservaba el ambiente eglógico, lleno de plantas y árboles de antiguas haciendas (como “La Viña”, “La Florencia”), las que mostraban todavía ruinas de casonas que habían pertenecido a antiguos propietarios de aquellos fundos. Esas huellas y el ambiente campestre le traían al poeta reminiscencias de experiencias rurales de años de niñez y juventud, transcurridos en las haciendas “Pro” y “Chuquitanta”, situadas al norte de Lima. Como buen andarín, Eguren quien en tiempos posteriores prescindía del tranvía para recorrer la distancia entre Barranco y Lima, solía pasear diariamente en los alrededores de su casa y se recreaba con las sorpresas del campo en plantas, flores, avecillas (gorriones, vencejas, fúlicas, alondras), mariposas, insectos multicolores o con la revelación coloreada de los crepúsculos en los malecones con la perspectiva del gran Océano, con los reflejos del sol poniente sobre los ventanales que él llamaría “los balcones de la tarde”. Sus recorridos poéticos abarcaban asimismo, después del mediodía, las playas anexas con lo que llamó más tarde “la pedrería del mar”, en playas que entonces no eran sólo la monótona extensión de la arena sino el hallazgo y la sorpresa inesperada de caracoles, algas o pedruzcos de vario color y forma, que Eguren recogía como si fuesen joyeles, en ejercicio de su innata capacidad de descubrir el valor estético de las cosas antes que cualquier otra consideración.

Dentro de ese marco de sensaciones ambientales la imaginación del poeta iba descubriendo emporios de poesía, conjugados con sus lecturas literarias favoritas de simbolistas y modernistas, o de lejanos o ignotos creadores, lindantes con una fantasía exótica, afirmada en mitos o leyendas de todo origen, tanto del medioevo como de la antigüedad.

Esos años de vida en Barranco, entre su edad de los treinta y los sesenta (1900 a 1935, aproximadamente), fueron cruciales en su producción, pues disponiendo de la plenitud de

sus energías creadoras y sin otros apremios, pudo organizar sus poemas en publicaciones que los reunían. Por lo menos, así sucedió con *Simbólicas* (1911) cuyo contenido abraza buena parte de lo producido en su primera juventud, y después durante su residencia barranquina, más adelante, los poemas de *La canción de las figuras* (1916) ya son casi todos plenamente de la etapa a que nos referimos. Pertenecen igualmente a ésta última los escritos en prosa, de tan íntimas revelaciones, que produce entre 1925 y 1940, aparecidos primeramente en diversas revistas y sólo reunidos póstumamente en volumen. Esos escritos, un tanto autobiográficos y además reveladores de un arte poética y de su original ideario estético, aparecían así bajo el título de uno de ellos: *Motivos*. Revelan esos escritos en prosa los estímulos que habían motivado al poeta la procedencia de ciertas ideas o experiencias, la extrañeza de sus sensaciones, las claves de sus medios expresivos, la anunciación de la fuerza iluminadora del subconsciente, el sometimiento de esos elementos a la estricta y definitiva plasmación poética.

En esos años cruciales vendrían a producirse dos momentos culminantes de su vida literaria: la voz esclarecida aunque solitaria de un talento crítico que vino en ayuda de la revelación del poeta, un tanto detenida por la escasa resonancia de sus libros de 1911 y 1916, voz vertida en el excelente prólogo de Enrique A. Carrillo y el pronunciamiento de comprensión y la difusión que supuso una publicación universitaria dirigida por Pedro Zulen, cabal hombre de letras con cultura filosófica de espléndida solera, que puso en evidencia los valores de Eguren y que difundió su obra poéticamente casi completa en un ámbito que antes le era ajeno, o indiferente, abarcando como lectores a otro sector intelectual antes postergado.

El otro momento lo constituye la asunción de su verdadera valoración comprensiva por José Carlos Mariátegui gracias a un número homenaje de su revista *Amauta* (N° 21, 1929) y a la subsiguiente publicación de una nueva edición total de su obra poética (*Poetas*, Lima, 1929) la que, pese al

prejuicio de ciertos sectarismos, fue proclamada como un valor definitivo, frente a la disposición hegemónica de un poeta entonces coronado y oficializado como lo fue José Santos Chocano, el de las imágenes explícitas, con rima oratoria y oropelesca, con ritmos efectistas, frente a los poemas de tono menor y a las imágenes sugeridas y sugeridoras de Eguren.

Apagado el relumbrón de Chocano, a raíz de un desgraciado suceso en su vida, se abrió entonces, en 1929, un menos difícil camino para la captación de algunos fenómenos poéticos de la literatura peruana contemporánea, el de Eguren, el de Vallejo y el de Martín Adán, este último surgido a la palestra literaria cuando ya declinaba la vida literaria de Eguren, y los de Xavier Abril y Emilio Adolfo Westphalen, que con Martín Adán completan representativamente el impulso de la nueva poesía en los años 30, bajo la común admiración por Eguren. Coincidentemente, Martín Adán había residido también en Barranco. Identificado con su ambiente, el adolescente precoz pudo escribir allí una novela-poema: *La casa de cartón* (Lima 1928) cuya acción transcurre desembozadamente en el balneario. Martín Adán estuvo cerca de Eguren, en sus dominicales tertulias, como niño prodigio entre los doctores, asombrando con su brillante ingenio, bajo el patrocinio generoso del anfitrión.

También deslumbró Martín Adán en las reuniones memorables en casa de José Carlos Mariátegui, a donde llegó gracias a la iniciativa generosa de Eguren, a tal punto que *Amauta* se convirtió en la palestra donde se proclamó por vez primera la nombradía de Adán en la nueva literatura. Eguren se prodigaba en la revelación de desconocidos valores, lo cual alcanzó también a Emilio Adolfo Westphalen, quien medio siglo después, ha venido a residir en los acogedores barrios nuevos del Barranco.

De esa suerte, los años cruciales de Eguren se desarrollaron fundamentalmente en ese ámbito que el poeta había

elegido, cultivado y disfrutado espiritualmente, no obstante el deterioro progresivo de su patrimonio familiar y personal. Después de 1930, allí tuvo la satisfacción de su reconocimiento como el poeta máximo de una etapa crucial del proceso peruano de la poesía. Era consciente de su proclamada adopción como poeta de una generación que cronológicamente no le correspondía. Había sido desdeñado y olvidado por la propia y coetánea, la generación de los nacidos en la década de 1870, resultando así no obstante su edad, el poeta generacional de los nacidos en la década de 1890.

Los paisajes del acogedor balneario de los molinos de viento seguirían siendo el marco de sus más íntimas satisfacciones vividas en 1911 y 1916, años de publicación de sus libros capitales y primigenios y seguidamente su proclamación como representativo poeta del Perú en la revista *Amauta* (en 1928), dirigida por José Carlos Mariátegui, comprensivo y oportuno captador de su mensaje poético, quien auspició también la edición definitiva de su obra (en el mismo año 1928) y propició a su vez la revelación de sus relatos e impresiones en prosa, sólo reunidos en volumen póstumamente.

Las mismas flores de los jacarandás, que alfombran de lila los senderos del parque principal del Barranco (escenario de una noveleta de Manuel Beingolea), también crearon el ambiente incitante para que el autor de estas líneas escribiera y publicara poco después (en 1932), el primer libro de exégesis crítica sobre José María Eguren y su obra, desafiando prejuicios absurdos como el dictamen impresionista de que el examen estilístico "rompe el encanto de la poesía" o el estrecho y mezquino criterio de que la poesía de Eguren "no merecía que se le dedicara un libro". No obstante este modesto tributo de la inquietud juvenil ha sido el primer jalón que abrió la serie de los muchos libros que abultan, dentro y fuera del Perú, la extensa hermenéutica egureniana en más de medio siglo transcurrido.